

TRIBUNA ABIERTA

(In)Correcto



POR ANTONIO NARBONA

En Andalucía coexisten los acomplejados por hablar (entiéndase «pronunciar») «mú má» [*muy mal*] y los que se sienten orgullosos de hablar el mejor español del mundo

EN 2012 publicó el Instituto Cervantes *El libro del español correcto: claves para hablar y escribir bien en español*, y un año después vio la luz *El buen uso del español* (2013), de la Real Academia Española. Ambos con casi igual número de páginas (en torno a 500) y en la misma editorial. No se trataba de una pugna por hacerse con el primer puesto en el 'asesoramiento' de los usuarios del idioma, pues los dos organismos coinciden en el propósito y en la adopción de una perspectiva panhispánica.

Es lógico que el treintañero 'Cervantes' se muestre más osado que la centenaria 'Docta Casa'. Se limita a considerar «preferibles» palabras o expresiones como *abrir, intención, para, utilizar...*, 'en lugar de' *aperturar, intencionalidad, en aras de* (o *de cara a, con vistas a, con objeto de*), *hacer uso...* Pero en los ámbitos de la ortografía, la pronunciación y la gramática, traza una contundente línea separadora entre lo 'correcto' y lo 'incorrecto'. Sin vacilación, condena (e incluso califica de «vulgares») no sólo *agüelo, abuja, arquilé, jambre, dotó(r), istituto, cocreta...*, sino también *esamen, cantá[r], abogado, quemáito, cansá[da], subí[d]...*; califica de «errónea» la omisión del artículo en «corre por banda»; y no es indulgente con *ustedes os calláis* (**ustedes se calláis* ni se menciona). Tampoco se muerde la lengua al referirse al laísmo («¿qué la pongo, señora?»), «no aceptable en ningún caso». En la obra académica los juicios son, en general, más atenuados: «hay que (tratar de) evitar», «(no) se recomienda»...

No hay, obviamente, discrepancias en las observaciones, abundantes en ambos casos, acerca de la ortografía. Pero, además, la RAE ni siquiera trata separadamente los usos *hablados* y los *escritos*. Y en el libro del Instituto Cervantes, además de invertirse el orden que figura en el título, anteponiendo el capítulo 'Escribir correctamente' al dedicado a 'Hablar correctamente', abre este último, de menor extensión, con preguntas de no fácil respuesta (¿qué se entiende por hablar bien?, ¿se puede aprender, y cómo?), de manera que, tras las advertencias sobre la 'correcta' pronunciación, se centra en las estrategias y recursos *retóricos* que deben utilizarse al hablar 'en público'.

Ha venido a mi mente que los estudiosos de las *hablas andaluzas*, que de la escritura nada tienen que decir, también acaban centrándose siempre en los hábitos articulatorios (en los que consideran peculiares). Pero, en cambio, no se han preocupado jamás de cómo los andaluces «preparan y organizan el discurso», de cómo se valen

de la ironía o el oxímoron... Y es que los 'informantes' en que se han venido fijando no suelen hablar *públicamente*, ni se les presenta ocasión de explotar esos procedimientos que tanto importan a quienes persiguen que se hable «bien y con corrección». Hasta la 'gracia' que se les atribuye quedaría al margen de los consejos sobre el 'ingenio' y el 'humor' que en estos manuales figuran: partir del «conocimiento cabal de los interlocutores», emplear los giros «en la proporción justa»...

Siempre he dudado de que esta clase de publicaciones, que prescriben y proscriben, ayuden a mejorar el comportamiento idiomático de los que tienen el español como lengua materna. Ya sé que son 'de consulta', pero, con la mano en el corazón ¿cuántas veces ha acudido el lector a consultarlas? ¿Y a la *Nueva Gramática de la Lengua Española*, aunque en ella la *oralidad* es tenida en cuenta «en [mucha] menor medida»?

Más preguntas. ¿Contribuyen, al menos, a demontar las paradojas que enturbian la valoración del habla de los andaluces? Ni siquiera permiten comprender por qué en la región coexisten los acomplejados por hablar (entiéndase «pronunciar») «mú má» [*muy mal*] y los que se sienten orgullosos de hablar (aunque digan que dejan aparte la pronunciación, en la práctica no se re-



ABC

fieren más que al 'acento') el mejor español del mundo. Lo cierto es que, gracias a la superación de la pobreza y al incesante enriquecimiento de la competencia idiomática —oral y escrita—, los primeros se 'corrigen' y abandonan vulgarismos, con lo que se van liberando del sentimiento (que no complejo) de inferioridad sin necesidad de acudir a un psicólogo. Si retrocede el *ceceo* y cada vez son más los que en la Andalucía occidental se despojan del discordante *¿uhtede qué se creei?* es por su escaso prestigio incluso entre quienes lo practican, de igual modo que aumenta el número de los que se 'apoderan' de *vosotros*, forma no menos andaluza que *salmantina*. A su vez, aquellos que sobreestiman 'su' andaluz, dejan de mirar «por encima del hombro» a (los) otros hispanohablantes en cuanto los 'escuchan', lo que hoy se puede hacer sin levantarse del sofá de casa, y liman los rasgos muy marcados. Y todos salen (salimos) ganando.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

